

GIOVANNI COCCO

El
Beso
de la
Virgen

algaida
INTER

Título original: *Il bacio dell'Assunta*
First published by Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milan

Primera edición: 2015

© 2014, Giovanni Cocco
© De la traducción de Miguel Ros González, 2015
© Algaida Editores, 2015
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: REGA
ISBN: 987-84-9067-325-6
Depósito legal: SE. 1027-2015
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
OTOÑO	15
INVIERNO	107
PRIMAVERA	187
VERANO	277
EPÍLOGO	359
NOTA DEL AUTOR	367

A Lucia Cremonesi, quinta de 1926

Las situaciones, los acontecimientos y los personajes descritos en esta novela, así como los nombres y los diálogos aquí presentes, son fruto de la imaginación y la libertad de expresión artística del autor. Cualquier parecido, referencia o identificación con hechos, personas o nombres reales es puramente casual e inintencionado.

Los lugares son reales, con la excepción del ayuntamiento de Mezzegra, que en la época de los hechos relatados se encontraba en Azzano, y no en Bonzanigo.

«Monterrey se asienta en la ladera de una colina, con una bahía azul a sus pies y un bosque de altos y oscuros pinos a su espalda. La parte más baja del pueblo está habitada por americanos, italianos, pescadores y envasadores de pescado. Pero en la colina, donde el bosque y el pueblo se confunden, donde las calles están vírgenes de asfalto y las esquinas libres de farolas, los viejos habitantes de Monterrey están atrincherados como los britanos se atrincheraron en Gales. Estos son los paisanos».

Tortilla Flat

JOHN STEINBECK

PRÓLOGO

EN LA ORILLA OCCIDENTAL DEL LAGO DE COMO, EN el territorio comprendido entre Cernobbio y Domaso, se encuentra una región llamada Tremezzina, que hoy en día abarca, remontando la *via* Regina en dirección norte, los municipios de Colonno, Sala Comacina, Ossuccio, Lenno, Mezzegra, Tremezzo y Griante.

Identificada en esta novela como «lugar del alma», y no como circunscripción territorial, la franja costera del lago de Como se convirtió, desde finales del siglo XVIII, en un destino turístico aristocrático y en lugar de estancia de personajes célebres llegados de toda Europa. Los nombres de sus mansiones son famosos en todo el mundo: Villa Carlotta, Villa Balbianello, Villa Balbiano, Villa Sola Cabiati o Villa La Collina. Sin olvidarse de Villa d'Este, en Cernobbio.

A lo largo de los siglos, aquí se han hospedado personajes como Stendhal, Liszt, Churchill, Hitchcock, el excanciller alemán Adenauer o, más recientemente —y en una posición un tanto apartada, en Laglio—, George Clooney.

Desde 1928 los municipios de Lenno, Mezzegra y Tremezzo constituyeron lo que durante veinte años fuera el municipio de Tremezzina, disuelto en 1947.

En diciembre del 2013, un referéndum ratificó la voluntad de los lugareños de proceder a la fusión de los municipios (a los tres iniciales se sumó el de Ossuccio) y constituir una nueva entidad territorial.

Frente a Tremezzina, al final de esa península que culmina en el monte San Primo y se zambulle en el lago a la altura de la punta Spartivento, está Bellagio.

La historia de esta novela se ambienta en Mezzegra, la única localidad de Tremezzina que, al no haber desarrollado un embarcadero importante en el lago, creció principalmente entre la montaña y la colina. Un mundo donde el reloj de la Historia parece haberse detenido.

OTOÑO

DESDE JULIO DE 1837 AL 18 DE MARZO DE 1838, Franz Liszt se hospedó en el lago de Como junto con Marie de Flavigny, esposa del conde de Agoult.

La del compositor húngaro y la escritora ginebrina es una historia de amor cautivadora, escandalosa y semi-clandestina, de la que nacerán tres hijos: una, Cosima, lo hizo precisamente en Como, el 25 de diciembre de 1837.

«Cuando escriba la historia de dos amantes felices, ambiéntela en las orillas del lago de Como», le escribe Liszt a un amigo en una carta enviada desde Bellagio el 20 de septiembre de ese mismo año.

Desde hace meses la pareja ha establecido su retiro en Villa Melzi, en Bellagio, donde sus famosos plátanos los protegen de las habladurías y los cotilleos de la sociedad centroeuropea.

Sus meses en el lago de Como —meses de pasión, de ternura, de arrebatos— culminan con la visita a Villa Sommariva (la actual Villa Carlotta, en Tremezzo), donde admiran el «magnífico bajorrelieve de Thorvaldsen»; a Villa

Pliniana, «al fondo de una de las ensenadas más remotas del lago»; a Villa Serbelloni, «cuyos alerces oscuros se mecen con el viento».

De su estancia en el lago se recuerda un concierto del pianista en el Teatro Social de Como, el 29 de diciembre de 1837 —cuando interpretó la serenata *La orgía fantástica* ante un público extasiado, que en aquel momento afirmó, convencido: «Puede que no vuelva a escucharse a un pianista de tamaño talento en Como»—, y la serenata que los condes Belgioioso le dedicaron a la pareja.

Corre una tarde de verano, Liszt y *madame* d'Agoult se encuentran en Bellagio. El aire es nítido, el lago plácido, y las luces de la tarde están a punto de dejar paso a la noche. Los dos se preparan para salir en barca. A mitad de la travesía, tres tenores aficionados, reclutados por los condes de los pueblos costeros, irrumpen en el bote donde viajan los amantes.

Entonan, a modo de serenata, una pieza del *Guglielmo Tell*.

Años más tarde, Liszt escribirá: «Jamás escuché algo comparable a esas tres voces transportadas sobre las aguas, que se elevaban y se perdían en la noche estrellada».

«Mi parroquia es una parroquia como las demás. Todas se parecen. Me refiero a las parroquias actuales, naturalmente».

Diario de un cura rural
GEORGES BERNANOS

1

LAS CAMPANAS DE LA IGLESIA DE SANT'ABBONDIO tocaron ocho veces.

Enfilando el camino que conducía de Palazzo Brentano al lavadero, y de ahí a la iglesia parroquial, situada en el cruce entre las fracciones¹ de Giulino y Bonzanigo, Angela Bordoli apretó el paso, encogida en el chal que le ceñía los hombros y se levantaba hasta tocar el cuello alzado del abrigo.

En el lago hacía frío, y subiendo por la cuesta de Sant'Anna no se había cruzado con un alma.

Angela Bordoli era la organista del pueblo.

La única persona, además de don Luigi, que los días laborales tenía acceso a la pequeña puerta que, desde un ala de la casa parroquial, conducía al órgano de la iglesia. Había estudiado piano de niña, cuando su madre, cada

¹ Conviene saber que la *frazione* italiana es una subdivisión municipal que designa un aglomerado de casas o una pequeña localidad, que constituye, dentro de un municipio, un núcleo de casas relativamente aislado de su sede. (N. del T.).

jueves, la mandaba a Como en hidroala para estudiar teoría y solfeo.

En breve, coincidiendo con el inicio del Adviento, el coro del pueblo retomaría los ensayos. Lo que significaba que, desde el próximo viernes, tendrían que reunirse en una sala del oratorio, con la estufa encendida, para preparar las canciones navideñas.

Para Angela aquello era una especie de voluntariado, habida cuenta de que entre barítonos y sopranos apenas había quien supiese algo de notas y música.

A través de las ventanas de las casas iluminadas se oían voces quedas, el crepitar de las chimeneas encendidas. A juzgar por el aroma que llegaba a la calle, alguien de por allí acababa de cenar a base de polenta y carne guisada. En la taberna, un tipo estaba despotricando contra Forlani. En la casa del alcalde, una pequeña villa unifamiliar con jardín y pérgola, podían distinguirse el ruido de los platos y la sintonía de *Almanacco del giorno dopo*, programa de la RAI que precedía al telediario de las ocho. Todo el país aguardaba la voz de Mike Bongiorno que, una vez concluido el telediario, anunciaría el comienzo de un nuevo capítulo del programa de preguntas y respuestas *Flash*.

Un poco más abajo, un par de jovencitos con guantes y anorak estaban apoyados en la puerta de la taberna Risorgimento fumando cigarrillos de importación. El tintineo de los vasos quedó ahogado por el grupo de Alpini que acababa de entonar la primera estrofa de *Vecchio scarpone*.

Angela comprobó que llevaba encima las llaves de la casa parroquial y lanzó una última mirada al lago. La plaza

de la iglesia de la parroquia de Mezzegra, con su fachada imponente, era un bonito rectángulo cubierto de césped. En medio, perfectamente centrado con el eje de la basílica, destacaba el monumento a los caídos, una especie de obelisco rodeado por pequeñas cadenas unidas a los postes de hierro forjado.

Más allá de la plaza se veía el espectáculo del lago. A tiro de piedra, el La'vedo de Lenno, saliente culminado por la punta Balbianello, y al fondo, anunciada por la silueta de Villa Melzi, la península de Bellagio.

Angela Bordoli abrió el candado, introdujo la llave en la cerradura del portón y entró. Dentro parecía hacer más frío que fuera.

Tras enfilar la escalera que conducía al órgano, intentó dar marcha atrás con la memoria. Esa tarde, poco antes de la misa de las cinco, había probado un par de piezas nuevas, sacadas del repertorio de Gounod. Quería sugerírselas a don Luigi para las fiestas inminentes: la Navidad, la Epifanía y las Cuarenta Horas.

Al concluir las pruebas, se había olvidado las partituras en un extremo del apoyapiés, con lo que había vuelto a por ellas para practicar en casa durante los próximos días. Tenía un precioso piano vertical, un August Förster de brezo de 1937, con el mecanismo descubierto, tres pedales y ochenta y ocho teclas.

Nada más llegar a la balconada sobre el portón principal, donde cien años atrás habían colocado el órgano, le pareció oír un ruido abajo, como si algo hubiese golpeado un objeto metálico. Al girarse hacia la nave principal de la iglesia, observó el edificio desierto a sus pies.

Las cuatro capillas laterales y el crucifijo de madera estaban intactos. En el altar, a la espera de las flores que llegarían el sábado, no se veía nada insólito. Las balaustradas seguían dibujando los arabescos de luz. Solo quedaban un par de velas encendidas. Supuso que se lo habría imaginado.

Será el frío, pensó, o, más fácil, el cansancio. Además, ¿quién podía estar tan loco como para ir a la iglesia a esas horas, con toda la niebla y con ese frío?

Don Luigi, que cuando no tenía cosas que hacer en la iglesia cenaba a las siete en punto y se iba a la cama a eso de las diez, después de rezar vísperas y completas, no estaba en casa. Eufrasia, el ama de llaves, llevaría un buen rato dormida. El sacristán, Antonio Bilotta, vivía cien metros más abajo, donde se contaba que, medio siglo antes, alguien disparó al Duce y a Claretta.

Esa noche de jueves el párroco había tenido que salir de prisa y corriendo poco antes de las siete. Lo habían llamado de Azzano para dar la extremaunción a Emilio Botta, antiguo herrero del pueblo, de ochenta y cinco años, que había ido empeorando en los últimos días.

Angela había visto al párroco por última vez en la misa de las cinco, tras la que solía retirarse a su despacho para preparar la homilía del domingo.

Se espabiló y volvió a la realidad. Se giró hacia el órgano, hurgó entre los pedales y dio con las partituras. Luego las enrolló y se las metió en el bolso, el último regalo de su padre.

Justo cuando se estaba acercando a la puerta que daba a las escaleras escuchó, ahora claramente, un ruido

similar al anterior, seguido de las sonoras pisadas de alguien que se movía dentro de la iglesia. Volvió sobre sus pasos y miró hacia abajo, procurando que no la descubriesen.

No vio a nadie, pero oyó el portazo de una de las entradas laterales.

Bajó a toda prisa las escaleras, llegó a la pequeña puerta y miró fuera, circunspecta. La plaza de la iglesia, envuelta en la niebla, estaba desierta. Quienquiera que fuese, se había desvanecido sin dejar rastro. La luna, a lo lejos, era una débil mancha de luz a la que las nubes habían dibujado el perfil de una nariz encorvada.

Las luces de la casa parroquial seguían apagadas, señal evidente de que don Luigi aún no había vuelto.

Una vez fuera, Angela se detuvo unos momentos frente a la iglesia. La puerta de la derecha estaba entornada. El viento ligero que se levantaba del lago le hacía dar golpecitos contra el marco.

Pensó lo que debía hacer y sopesó el peligro que podía correr. Luego decidió volver a inspeccionar el interior de la iglesia. De tratarse de un ladrón, habría dejado algún rastro, las señales del desfondamiento, algo.

Atravesó la puertecita de madera, prestando atención para volver a dejarla entornada sin hacer ruido, y avanzó a pequeños pasos por la nave. Echó un vistazo a los cajones de las ofertas, frente a los altares laterales: estaban en orden. Quien había entrado, era evidente, no lo hizo para robar el dinero.

Sobre el altar, los candelabros de plata estaban en su sitio. La puerta de acceso a la sacristía seguía cerrada.

No podía equivocarse. Estaba convencida de que no era un sueño. Había oído unos pasos y, zorros y jabalíes excluidos, tenía que haber sido un hombre.

Mientras bajaba los peldaños del altar, su mirada, atraída por algo que ni siquiera en los días sucesivos habría sabido explicar, se dirigió a la hornacina donde se custodiaba la estatua de la Virgen del Carmen. La *Madonnina*, como solían llamarla los fieles.

La hornacina estaba llena de cristales rotos, y la estructura metálica de la puerta arrancada. El tabernáculo estaba vacío. La persona que había entrado en la iglesia se había llevado la estatua de la *Madonnina*.